

ALICIA TRUJILLO

Ante el umbral

PRÓLOGO: ÁLVARO MEDINA DE TORO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n.º147—

MADRID • MMXXIV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © ALICIA TRUJILLO ARAGÓN

Directora de la colección © ALICIA ARÉS

Del prólogo © ÁLVARO MEDINA DE TORO

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografía de la autora en la solapa © NACHO ARIAS CAREAGA

Ilustración de cubierta © Egubisch. Depositphotos
Personality and character of a woman

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Primera edición: noviembre 2024

I.S.B.N: 978-84-18997-88-4
Depósito legal: M-24536-2024

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

P R Ó L O G O

Entre el ser y la nada: «a merced del Arte»

Por ÁLVARO MEDINA DE TORO

Prologar el libro de una persona que no conoces concede la oportunidad de hacer una valoración sincera: ni amigo ni crítico literario, no respondes ante nadie, salvo ante ti mismo. Así pues, este será un prólogo muy libre, sin otro requisito que el de trasladar mis impresiones de la forma que más se ajuste al efecto en mí de lo leído. Que esas impresiones mías sean o no compartidas dependerá de cada uno de ustedes, queridos y bravos lectores de poesía del siglo XXI; pero no es eso lo que importa, sino que —las compartan o no— les ayuden a adentrarse en el poemario *Ante el umbral*, de Alicia Trujillo, o, en su caso, impidan que se lo pierdan.

«La prosa (la buena, claro) es un paisaje ilimitado, mientras que la poesía (la buena, se entiende) es —puede llegar a ser— una iluminación, una senda de hallazgos» (disculpen que me cite, pero venía a la medida para iniciar este prólogo). Y, por favor, no me vengan con lo de ¿qué es literatura buena? O con esa vulgaridad de «sobre gustos no hay nada escrito». Muchos sabemos lo que es buena literatura, y los que todavía no lo saben es porque no leen lo suficiente.

La buena literatura, incluso si nos disgusta, sigue siendo buena; mientras que la mala, aunque nos anestesie, es mala sin remedio. Esto, aunque casi olvidado, sigue siendo así.

La primera prueba que hago cuando leo algo —tanto si es de terceros como si es propio— es una lectura en alta voz: el oído es el mejor centinela para avisarnos de quién se acerca a nuestra torre. Especialmente en poesía, si al oído el texto *funciona*, es buena señal; y lo contrario, mala. *Ante el umbral*, suena bien, llega y se hace presente, con esa ingrátida naturalidad de la música.

Aunque no lo hubiera sabido, habría adivinado que *Ante el umbral* es el poemario de una persona joven e inteligente. Conocí a Alicia en la presentación de un libro mío, y apenas cambiamos unas palabras al momento de la firma. Y aunque no la he vuelto a ver ni la he tratado, la lectura de su poemario me ha dejado la rara certeza de que «la conozco» un poco. Comprender a una persona es, diría yo, una de las mejores formas de llegar a conocerla, al menos lo es en el espacio que concedemos al intelecto. Veamos:

La primera nota a destacar de *Ante el umbral* es que estamos ante una poesía sustancial, una poesía de pensamiento, más que de sentimiento; pues aunque ambas capacidades, entendimiento y sensibilidad, están en todos nosotros inextricablemente fusionadas, raramente son equivalentes. Estas asimetrías hacen posible (de momento y con permiso de la ciencia) que seamos diferentes. Un gran alivio, por cierto.

Alicia Trujillo es una poeta que piensa, que indaga, que se cuestiona asuntos esenciales, de calado, tales como: lenguaje y conocimiento, significante (fonema) y significado

(sentido); alcance cognitivo de la palabra frente a una realidad que ella, Alicia, a ratos, percibe *indescifrable* (diría que tiene bastante razón); *utilidad* o capacidad de la literatura y el arte como forma de indagación existencial; el silencio (que ella siente devastador); «la nostalgia de un lenguaje perdido» (en sus propias palabras)... La irrealidad de lo real («y la realidad perversa, que no es real...»), la nada, lo efímero, la isla sin tierra de la memoria, lo oculto (¿y su posible catarsis liberadora?), el miedo a *dejarse ir al fondo*, esa tentación de abandono del territorio racional para ir... ¿adónde? En suma: la necesidad de entenderse y entender a los otros: «¿Qué soy, y qué eres (si es que eres)...?»

La segunda nota que, a mi juicio, destaca es el ansia —más en forma de deseo que de angustia (en ocasiones, muta en éxtasis)— que invade a la escritora cuando se enfrenta a sus anhelos de conocimiento con un recurso imprevisible como es el de las palabras; su grado de auto-exigencia en ese «juego estéril / uniendo palabras / con la pretensión de qué...», se pregunta. De hecho, me parece a mí, las palabras —y por extensión la actividad creativa— son un nudo gordiano en la poesía de Alicia Trujillo. Así lo indica el dato de que «la palabra» o «las palabras» aparezcan designadas en muchos de sus poemas; las palabras son analizadas, inquiridas, interpeladas..., igual que una barra de hierro o una pieza de cristal son entregadas al fuego purificador para darles forma.

No obstante, resulta reveladora la inmensa esperanza que la poeta, a pesar de sus dudas, deposita en las palabras: signo inequívoco de juventud. Y conmueve (a mí me ha conmovido) asistir a la importancia que Alicia da a la literatura,

a la creación, al Arte (con mayúscula, como ella lo escribe): signo inequívoco de madurez interior.

La tercera nota —que, como anglófilo incorregible, no puedo dejar pasar— es la ausencia de humorismo en este poemario (que no es un error en sí, sino una opción entre las posibles), la carencia en Alicia de toda ironía al aproximarse al escenario de sus reflexiones y desvelos. Y esto sí que es juventud en estado puro.

Recuerdo bien la exaltación en la tristeza, el fascinante desamparo, la embriagadora melancolía (y un largo etcétera de contrarios) que hizo de mi yo joven un lector y escritor sin remedio; soy consciente de que sin todo aquello no sería yo esto que ahora soy. Uno quisiera no haber perdido nunca aquel sombrío cofre (ni la juventud tampoco, claro), pero, con lo años, descubres maravillas, como esa frase de Julian Barnes en su libro *La mesa limón*: «¡Ánimo! La muerte está a la vuelta de la esquina». Y te alcanza el gozo de reírte, en su medida, de ti mismo, el consuelo de saberte irremplazable e insignificante, al tiempo y en igual medida (disculpas por la divagación).

La cuarta y última nota que destacaría es la conexión (congruente) entre los estudios, la formación profesional de Alicia y su escritura. Tanto en su poesía como en los cuentos que de ella he leído, hay un sustrato de hondo interés por la psicología, la espiritualidad, la neurología y la filosofía (particularmente el nihilismo y el existencialismo). Su admiración por una poeta trágica y cautivadora como es Alejandra Pizarnik, con la que abre su poemario, así nos lo confirma.

Como ven, el «paisaje mental» del poemario que comentamos es oblicuo y destacable. Oblicuo porque se aparta

de las certidumbres y las certezas; destacable porque asume lo complejo con coraje. Pero la capacidad expresiva de la autora, su deseo de comunicar lo que lleva dentro, hace que tales asuntos puedan ser captados sin otro requisito que una atenta lectura. Y, aun cuando nos sorprendiera cualquier elemento de la estructura, la puntuación o la ortotipográfica del poemario (todo es perfectible y discutible en este ámbito) lo imperante e importante aquí es, como dije al principio, el pensamiento, el trazo de la indagación. No es difícil lo que nos interesa ni arduo lo que nos motiva.

Lean, pues, sin prisa, *Ante el umbral*. Es una ópera prima que, en mi opinión, preludia desarrollos innovadores o, cuando menos, no muy transitados. Aunque todo se nos ofrezca en estos tiempos como un soplo fugaz (un objeto más de consumo), hay zonas de nuestra naturaleza que, afortunadamente, tienden a permanecer, flotando entre las arboledas, como el polen. Ninguna es tan clara en su persistencia como la insaciable curiosidad que, para bien y para mal, nos has traído hasta aquí.

Creo o intuyo creer que, cuando Alicia escribe «la mirada perdida» o «esa otra dimensión», se refiere (ignoro con qué grado de consciencia) a su propia voz poética, a su visión poética y literaria, la que, «a merced del Arte», persigue entre las palabras y el pensamiento.

Salamanca, octubre de 2024

*Tú eliges el lugar de la herida
en donde hablamos nuestro silencio.
Tú haces de mi vida esta ceremonia demasiado pura.*

ALEJANDRA PIZARNIK

Alicia Trujillo

Ante el umbral

DÓNDE ESTÁ LA PALABRA

Dónde empieza y dónde acaba (si es que acaba)
la opresión en el pecho que me provocas
cuando te inflas, agitas, bramas por ser nombrada.

Alicia, ¿dónde está la palabra que buscas?

¿Y si no pertenece a la familia del lenguaje?
¿Y si es huérfana del universo de las letras,
y al no encontrar su lugar,
se extravió en el pantano de los sueños?

Lo inefable es la insignia del poema,
pero tú buscas, Alicia,
insistes en revestir de significado
la imagen que la noche te confió.

¿Dónde?
¿Dónde está la palabra que busco?

IRRISORIA NADA

No quiero asomar demasiado la mirada
a ese oscuro pantano.

Inhabitable. Espaciosa
desiertos de apabullante silencio
cuya falta de morfología
aniquila toda idea prematura.

Disforme cosa.
¿Realidad?
Luciérnagas, manto negro
y ecos nocturnos.

¿Se puede hacer algo?
Implorar si acaso
un alarido ahogado
nervios crispados, flujo alterado.
¿Qué hace eso en mí?

Dónde habita y cuándo muere
aquél trémulo que acecha
vestido de convulso vértigo.

Terminas hallando tu lugar
en la coma entre dos suspiros
en el siempre decadente tráfico de pensamientos